

Montevideo, 12 de noviembre de 2004

## Decir y no decir

Oscar Brando

SE PUEDE decir: Los Cantos de Maldoror (1869) anticipan la ilegibilidad de la literatura del siglo XX. Decir: niegan y liquidan la retórica de Hermsdahl —un Arte de hablar que el autor de los Cantos, Isidoro Ducasse, tenía en su biblioteca— y se abisman ante el silencio ("no dejaré memorias"), la incomunicación y el bloqueo. Decir: Ducasse se ausenta firmando con asteriscos el primero de los Cantos (1868) o se recrea inventando un doble que vampiriza el bilingüismo creador: el Conde de Lautréamont. Si Ducasse está en Francia, el Otro (l'autre) sigue viviendo en (à) Mont(evideo).

Se puede decir: Maldoror (¿mal de aurora?) plantea el inquietante tema del arte y la locura, prefigurando a los surrealistas y a Artaud. Y agregar con Blanchot: ninguna de sus frases carece de lógica. Decir: Ducasse genera todos los misterios posibles en torno a la figura del escritor y de su vaciamiento en la escritura. Y sugerir: su multiplicación en Lautréamont-Maldoror es pérdida de la identidad, metamorfosis que se textualiza en el bestiario prodigioso de los Cantos. Se puede, por qué no, indagar los miles de sitios en internet que incluyen sus nombres para comprobar su difusión y su disolución.

Se puede intentar trazar una gramática de Maldoror. Ella exigiría el registro cuidadoso de las imágenes, su puesta en contacto, una genética de su fantasía. También debería transitar las anfractuosidades de la lengua de Maldoror, su francés dislocado por el español. Se podría decir entonces: geografía imaginaria. Y explotar no solo el universo animal que habita los Cantos sino registrar las comarcas y los sitios. Decir sitios, y jugar con la palabra para referirse no solo a lugares sino a ciudades sitiadas: Montevideo en 1846, en la que nació Isidoro Ducasse el 4 de abril; París en 1870, año de su muerte; el sitio de Troya que leyó en su ejemplar de la Iliada, traducida por Hermsdahl, anotada por el joven lector y que no pocas huellas dejó en su obra.

Se pueden revisar las fuentes: las literarias, las retóricas, las científicas. Decir: Ducasse leyó Las flores del mal de Baudelaire, recorrió su satanismo, atisbó el valor de un simbolismo que aún no era escuela y ya desfallecía. Se puede abusar de la fórmula "Ducasse y sus precursores", mirar su arquitectura como un castillo, como un laberinto, su atmósfera como una peste, con el objeto de mentar a Kafka, a Borges, a Camus. Se pueden transcribir largos párrafos de enciclopedias que Ducasse saqueó y preguntarse: ¿y qué? Se pueden leer los Cantos como poesía, como tratado, como pura provocación infantil de un niño mal criado.

Se puede acudir a lo siniestro. Ver en Maldoror la tentación por lo anormal, su extravío en la fauna que crea, su enajenación, su incapacidad de ver al otro en la imagen de sí mismo. Se puede inferir el ingreso a lo ominoso por el terror de lo automático, la confusión entre lo humano y lo inhumano. Se puede, con Darío, "enrarecer" los Cantos, recomendar no leerlos; con Sarduy, declamar el vaciamiento barroco, el carácter inalcanzable del sentido. Se puede repetir: Maldoror no tiene patria ni identidad, pero no se aliena porque se recupera en el poder de las palabras.

Se puede decir: deicidio y blasfemia. Entonces volver atrás, a Baudelaire, y a la religión del Mal; o saltar hacia adelante, hasta Dalí, y la tentación de mirar desde el lugar de Dios. Se puede indagar la sexualidad, la homosexualidad, la rebelión contra el Padre, la afirmación de la madre Prostitución, la lucha con la tiburona o la seducción del pulpo con mirada de seda. Se le puede poner nombres propios a esas imágenes poéticas. Se puede recorrer acoplamientos, imaginar una película con los Cantos, comparar traducciones o inventar otras nuevas: "abrí el paraguas en la sala de disección que se te moja la costura" (Canto sexto).

Hasta se puede tender puentes: entre la pérdida de la identidad y la única foto, incierta, que se conserva de Ducasse; entre el bilingüismo, la retórica de Hermsilla o la de la ciencia, la patria de las palabras, el silencio, la traducción. Se puede...

Lo que no se puede es intentar todo de una vez. Decir: voy a poder con todo. No decir: voy a agotar el misterio de Isidoro Ducasse y de su obra, pero, en los hechos, intentar hacerlo en poco más de 200 páginas. Esa es la falla de un libro ambicioso, desmesurado, lleno de méritos como Alabanza de los reinos imaginarios de Fernando Butazzoni.

La vida de Isidoro Ducasse (1846-1870) sigue teniendo, luego de vigorosas indagaciones, algunos misterios. No tantos, al fin de cuentas, para quien vivió, inadvertido, escasos 24 años. Nació en Montevideo, viajó a Francia, ¿volvió a Montevideo?, escribió en francés una obra influyente, Los cantos de Maldoror, que publicó completos en 1869, firmados por el Conde de Lautréamont. Murió en Francia en 1870. En 1890, una nueva edición de su obra abrió el siglo y pico que lleva la investigación. Los problemas, como se ha visto, no son ni pocos ni sencillos. Si la vida tiene oscuridades mucho mayores son las de los Cantos. De esa manera, quienes hurgaron en la biografía, en general postergaron el estudio de la obra; y quienes se ocuparon de esta atinaron a hacerlo de a poquito. Ensayar de un saque una explicación de Ducasse-Lautréamont-Maldoror es pecado de exceso. Obliga a simplificaciones y generalizaciones que son indignas de lo que se pretende.

En el libro de Butazzoni uno de los siglos más complicados de la historia del arte queda epitomizado en la retórica de Hugo, el rechazo de los impresionistas, la oreja de Van Gogh, el ojo cortado de Buñuel: total, un par de páginas. De Mary Shelley se dice que trazó para siempre la frontera de los saberes humanos en las cicatrices del monstruo que inventó, cuando es dudoso que nadie, nunca, jamás haya podido, ni pueda en el futuro, realizar tal proeza: trazar para siempre, etcétera. La aspiración de Butazzoni tienta a lo más arbitrario del ensayismo: aquello que busca resolverse con un estilo impecable y envolvente. Funde y recalienta un material difícil, que Butazzoni domina y al que debió dedicar un tiempo distinto.

Es lícito que un ensayo literario multiplique las interrogantes sobre un tema. Lo que no debe hacer es complicar lo que ya es complejo. La intención abarcadora de Butazzoni, su afán de resumir todos los problemas, no ayuda a despejar las incógnitas ya planteadas ni postula con claridad otras nuevas. El libro termina siendo apto para lectores informados. Los otros podrán asomarse a los abismos del tema, guiarse en su laberinto por las copiosas y eruditas anotaciones.

